

AGÓNICA ROSA

Angélica sólo pudo cerrar los ojos cuando hacía rato que había amanecido. Al volver a abrirlos, aún semidormida, logró atrapar al sol de otoño pintando melancólicos oros y sombras cansinas, sigilosas, en la sala del departamento que se le hacía antiquísimo, más de lo que era en realidad. Algún sueño que no recordaba la había dejado envuelta en una reconfortante sensación de tibieza luminosa. La realidad del sofá le dolió en el cuerpo entumecido, se incorporó con precaución y contempló la habitación con los ojos bien abiertos, pues no conseguía desasirse de la persistente sensualidad del sueño innominado. El alto cielorraso la observaba, desdeñoso y soberbio, surcado aquí y allá por extrañas bandadas de pájaros negruzcos, mohosos, que ahora se extendían por las pálidas paredes y se posaban, desvergonzados, en las molduras que otrora supieron ostentar la suntuosa dignidad del art nouveau. Un tenue olor a humedad flotaba en el ambiente. Las primeras notas de un vals, susurradas desde alguna casa vecina, le trajeron una imagen muy nítida de aquellas mismas paredes pintadas de un rosado oscuro, tan tersas y mórbidas como la "nocturna cabellera" de Delfina (así, exactamente con esas mismas palabras las hubiera descrito Julián). Sin darse cuenta había rozado con las yemas de los dedos la superficie marchita, amarillenta, y se quedó paralizada, como si una brisa glacial la hubiera atravesado, pese a que tenía puesto un vestido de lana. Era una pena que todo estuviera así, pero..., qué hacer con ese suelducho de empleada administrativa, como decía mamá...

El cosquilleo debajo de las rodillas, como patas de araña, le hizo proferir un intento de grito, que se oyó más bien como un quejido mustio. Ay, Fina, Delfi, Fini, Fina (la sonoridad juguetona del nombre

había sido idea de Julián, por supuesto), en seguida... Le dolía la cabeza y sentía frío, un frío profundo, lacerante, irremediable. La figura estilizada y elegante se destacaba a contraluz. Vaya a saber cuánto tiempo hacía que estaba ahí, pobrecita, acompañándola en silencio... Una lágrima furtiva le corrió por la mejilla y cayó sobre Delfina, que se estremeció y levantó sus inmensos ojos de jade, curiosos, inquietos. Si buceaba en ellos, Angélica encontraba un dejo de impotencia, de tristeza, pero también una luz potente, llena de vida... Igual a la mirada de Julián... El sol se había hecho astillas contra el crepúsculo. Ya los pájaros del techo no se distinguían. Angélica se puso de pie dolorosamente, se dirigió a la cocina. Le pareció que entre el sofá y ésta mediaban kilómetros, o más bien siglos.

Pasó por delante del cuarto de su madre, virgen hasta hacía tres días, justamente el momento en que había decidido dejar el luto y penetrar en el santuario, después de tres meses. Una imagen le cruzó la mente como un rayo: las persianas cerradas, las pesadas cortinas de corridas, labios trémulos de rosarios... Bueno, recordar es morir un poco. Ahora el cuarto yacía profanado: montones de fotografías desparramadas por el suelo, revistas, ropas, algunos libros y cartas, sobre todo cartas. La cama estaba deshecha y había pañuelos de papel ("usados", diría sarcásticamente Julián) por todas partes. Una leve capa de polvo cubría todos los objetos que, bajo la moribunda luz crepuscular, se veían de un inquietante color indefinido, tornasolado. Parecían cadáveres de una época muy remota. Hablando de muerte... Angélica sentía que había enviudado desde que tenía memoria, como su madre. Tan frágil, mamá, con esas continuas recaídas, ese corazón débil y caprichoso... mamá, que la había cuidado tanto... Claro que no le gustaban esos libros sentimentales, engañosos y pecaminosos, lo que era aún

peor. Tampoco le gustaban los vecinos entrometidos. Son todas tilinguerías, le repetía hasta el cansancio. Así más y más imágenes, que entraban sin permiso y se agolpaban desordenadamente en algún sitio recóndito. Siguió adelante. Se detuvo ante la biblioteca. Allí también se había instalado el desorden, el abandono, algo que nunca se había conocido antes en la casa. No había frecuentado ese lugar durante años, desde la partida de Julián. Había irrumpido nuevamente en él hacía también tres días. Se veían libros tirados caprichosamente sobre los muebles. Libros enfermizos, apolillados, ilegibles, con las hojas pegotadas; la mayoría, antaño encuadernados con primor y hermosura, agonizaban (ésa era la palabra justa, por supuesto robada a Julián) devorados por la humedad. Esta vez, Angélica se sintió literalmente asfixiada por una ola vertiginosa y cruel de recuerdos. Las tardes en la placita, el encuentro casual con Julián, las charlas "literarias", el paulatino crecimiento de su indigente biblioteca, las apasionadas discusiones, el día que encontraron a Delfina ("pequeña, peluda y suave") al oír su tímido llantito detrás del árbol que estaba al lado del banco donde solían sentarse. Y claro, ¿quién quería una gatita negra?; la superstición también tiene sus "patitos feos", había señalado Julián con la más genuina indignación. Así es la gente, había asentido Angélica. Julián era tan hermoso cuando expresaba sus opiniones: las albas mejillas se coloreaban, un mechón de su rebelde cabello castaño oscuro le caía sobre la frente, gesticulaba como si estuviera ante un estrado defendiendo su causa. A Angélica, sus manos se le hacían un poco mariposas. Sabía mucho, por supuesto, si era un profesor universitario... No para mamá, para ella era un excéntrico, medio muerto de hambre, un rebelde, un alborotador; un tilingo, en una palabra. Sólo Angélica le podía prestar atención, como buena

ingenua que era. Julián también escribía, pero no se lo había dicho a mamá por miedo a que las cosas se pusieran peores. A papá también le había gustado leer, y a ella le pareció conocerlo desde los poquitos libros que encontró desperdigados por algunos muebles cuando empezó a leer. Mamá estaba siempre enferma y se quejaba sin cesar de que la dejaba sola y desatendía sus obligaciones por leer historias mentirosas, cuentitos para ingenuotas, poemitas estúpidos.

Poco a poco pudo empezar a "clasificar" sus emociones hacia Julián. No era cuestión de decirle nada, obviamente... Pasó mucho tiempo feliz hasta la "tarde fatal", como la llamó ella después, riéndose de sí misma. Fue pocos días antes de que Julián viajara a Paría para instalarse definitivamente, aunque ninguno de los dos sabía eso todavía. El día de Delfina, Angélica la había subido a su falda y la había acariciado durante la conversación. El solitario animalito parecía haber encontrado gusto y protección en ella, y se negaba a despegarse un centímetro de su vientre (afinidad instintiva, le había dicho Julián). También le había dicho que si un modernista hubiese observado la escena, le habría hablado de la poesía de sus manos acariciando vida endeble, habría escrito versos sobre "la exquisita y delicada arquitectura blanca de sus dedos". Angélica había quedado boquiabierta y un rubor infantil la cubría por entero. Julián había sonreído con ternura, le tomó las manos por encima de la gata y le rozó los labios y el mentón con la punta de los dedos. En ese instante llegó la vecina de al lado y le avisó que mamá tenía un dolor muy fuerte en el pecho. Sólo entonces se dio cuenta de lo tarde que se había hecho. Antes de que saliera corriendo, Julián le dio un beso furioso e impotente y le acarició el cabello con una mirada piadosa. Se volvió a sentar en el banco y con las manos crispadas sobre las rodillas la observó alejarse. Nunca

más volvió a verlo. Había anochecido ya; era una de las primeras noches, todavía frías de la primavera. Aquella vez la convalecencia de mamá fue larga y especialmente virulenta. A los pocos días recibió una carta de Julián en la que le comunicaba que le habían ofrecido un trabajo en Francia y que se marchaba. La carta incluía un poema escrito a la manera de Rubén Darío, acerca de sus manos. El poema se titulaba "La divina proporción" y Angélica lo sabía de memoria. Pero sobre todo recordaba el final de la carta, despojado y trémulo: "Adiós. Te quiere, Julián". Poco pudo hacer Angélica entonces, la enfermedad de mamá la absorbía. Todo pasó. La sorpresa, la espera esperanzada, la furia, la resignación inevitable. No tuvo noticias nunca más de él, y perdió el poema. Eso hasta hacía tres días, en que encontró un montón de cartas en una caja sabiamente escondida en la habitación de mamá. La correspondencia se había detenido hacía diez años; Julián tendría ahora cincuenta y pico, más o menos como ella. Se aferró al marco de la puerta con dedos frágiles, temblorosos. Una fuerte náusea, que la hizo pensar en un vacío sideral e irreparable, se apoderó de ella. Al inclinarse para aliviar el mareo, el espejo que presidía la habitación le devolvió un reflejo fantasmal, difuso, lánguido. Llegó a la cocina y de dio de comer a Delfina.

Al volver al sofá llevaba un libro bajo el brazo, lo había tomado al pasar nuevamente frente a la biblioteca. Delfina, que la seguía con paso desenvuelto, se le trepó al regazo apenas se sentó en el sofá. Ya era de noche. Heladas estrellas herían el cielo silencioso con sus brillos puntiagudos. Hacía mucho frío, pero Angélica no tenía fuerzas para encender la estufa. Total, Delfina le proporcionaba calor. Ya había tomado las pastilla para "los pesares del corazón", como las llamaba mamá (realmente patético). En

cuanto libro, no necesitaba leerlo, lo sabía de memoria, verso por verso; uno le vino la memoria, quizá el más hermoso que había leído en su vida: *y en un vaso olvidada se desmaya una flor.*

Una mano acariciaba a Delfina, la otra, el lomo del libro. Una subía y bajaba acompasadamente, deshaciendo nuditos de seda negra; la otra recorría estremecida las ínfimas, infinitas tapas, convertidas casi en jirones de tanto abrirse y cerrarse. Lo abrió y tanteó hasta encontrar la página correspondiente. Hacía largos años que una rosa esperaba allí. Apenas acercó los dedos a ella, casi antes de tocarla, la sintió destruirse, convertirse en un levísimo polvo dorado, en cenizas, en un polvillo de cenizas, para ser más exactos, a la luz mezquina de las estrellas indiferentes. La humedad también la había contaminado. Había permanecido agonizante todo este tiempo y ahora moría. No desmayada sino agónica, ésa era la palabra. Empujó el libro ligeramente con los dedos. Cayó al suelo, produciendo un cierto estrépito mudo. Ahora las dos manos se deslizaban por el cuerpo escurridizo, vibrante de ronroneos. Le sorprendía la turgencia, la plenitud, la gracia de ese cuerpecito, pese al transcurso de los años. Se reclinó un poco más sobre el sofá. Sube y baja, sube y baja, más despacio, más débil. Existían pocas cosas tan placenteras como zambullir los dedos cansados en el pelaje mullido, mórbido, incluso líquido por momentos... Dejarse llevar morosamente, agradecida... Las manos reposaron durante un brevísimo segundo, endurecidas, dejando escapar un suspiro entrecortado. Resbalaron hasta el tapizado frondosamente bordado del sofá y allí se detuvieron, enmohecidas; los puños apretados. Finalmente, Fina se quedó dormida contra el cuerpo demacrado, endurecido de Angélica, que olía a humedad.

Anafía Imperato
5º año Letras